

MOMENTOS DIFÍCILES

En la religión, como en los países, se pasan momentos difíciles que pueden ser decisivos para el porvenir.

Y éste es uno de ellos, tanto para nuestra religión como para la sociedad.

Como dije en artículo anterior, esto ocurre no sólo por razones religiosas, sino por un conjunto de causas humanas que se influyen mutuamente y que pertenecen a todos los niveles y estructuras de la sociedad.

La pretensión angelista de algunos que querían separar, como en compartimientos estancos, el nivel religioso y el nivel profano, lo cristiano y lo político, la otra vida y ésta, es totalmente irrealizable y utópica.

Los hombres somos seres de carne y hueso, y muy especialmente así es como los ve el cristianismo, que propugna no la inmortalidad desencarnada del alma, sino la resurrección de los cuerpos y del hombre entero, para vivir —ahora y siempre— con los pies sobre la tierra —esta misma tierra de nuestros afanes— renovada siglo tras siglo, hasta llegar al final a los «nuevos cielos y nueva tierra», como enseñaron el profeta Isaías, el apóstol Pedro y el Apocalipsis de San Juan.

Y son muchos los síntomas que avalan lo que digo de esta situación difícil en que nos hallamos.

Monseñor Montero, Obispo auxiliar de Sevilla, acaba de decir que «lo mismo que Trento frenó el excesivo movimiento de Lutero, el Vaticano II ha tenido la misión de mover la excesiva calma de la Iglesia».

Estábamos en una calma engañosa —un poco como los antiguos veleros se encontraban de repente al paio por falta de viento—, cosa que nos hizo pensar que el movimiento no iba a venir nunca.

Pero el movimiento ha venido.

Nadie pudo sospechar —ni creyentes ni increyentes— lo que ha ocurrido en estos años. La Historia —una vez más— ha dependido, como decía Pascal, de la «nariz de Cleopatra». Factores que no daban pie para pensar nada sensacional, a última hora fueron decisivos para un cambio profundo. Juan XXIII, que todos tomaron como un Papa de transición, ha sido —por ejemplo— el que más ha removido la Iglesia desde hace cuatro siglos, sin nadie preverlo.

Y cosa parecida ocurre en nuestra Iglesia española.

Muchos creyeron que el fuerte sentido tradicional de nuestra religiosidad iba a frenar cualquier salto brusco, o muy decisivo, hacia el futuro. Pero no fue así.

Un clero conformista e inclinado a la derecha se ha dividido fuertemente, y cada vez se inclina más a posturas sociales de izquierda. Unos seminaristas, modosos y seguidores de la obediencia ciega, se hacen incómodos y hablan con claridad de sus anhelos y opiniones, que no coinciden con la tranquila e inmovilista actitud de sus superiores.

Un laicado que sólo esperaba el toque de clarín de la Jerarquía para adoptar una postura —pues si no, a nada se atrevía— ha adquirido conciencia de su personalidad y quiere tener una opinión y una participación eclesial sencilla y sin aspavientos, ni grandes burocracias de Comités, Asociaciones, Consejos y Comisiones presididas siempre por Obispos.

La práctica religiosa —asistencia a Misa y confesión— ha disminuido a ojos vista: la clientela clerical cada vez se hace más escasa, y los modernos procedimientos pastorales apenas han conseguido conservar los efectivos de antes, a pesar del espectacular crecimiento de la población. La juventud se desentendiende en su mayor parte de lo religioso, porque no sabe a qué van ni las nuevas y moderadas reformas litúrgicas que, puestas en castellano, siguen sin decirle nada, ni esos ingenuos conjuntos musicales de seminaristas, que llegaron —tras múltiples discusiones con el clero conservador— a magros resultados, comple-

tamente insuficientes para el proceso desarrollador de la Humanidad y del país.

Igual pasa ahora con nuestro Concordato. Hoy se sabe ya de unas gestiones oficiales por ambas partes; noticia que empieza a producir temor porque no parece prever nada radical —según anunciaron algunos medios eclesiásticos— en el posible cambio de Concordato. Y esto es sólo un síntoma más dentro del clima enrarecido que en lo religioso se va creando.

Nos enteramos también que —cuando el Estado lleva años haciéndolo en lo civil— sólo ahora empieza a plantearse en los medios eclesiásticos la cuestión grave —gravísima en muchos casos— de una seguridad social satisfactoria para el clero, que no está adecuadamente resuelta, como concede incluso la Comisión Episcopal que se ha formado para estudiar este problema.

Por otro lado, un religioso de Santander afirma tranquilamente que «los focos principales de infiltración consciente nos están entrando en nuestro clero joven y nuestras casas de formación sacerdotal». Y la Comisión Episcopal del Clero tiene que salir al paso lamentando estas frases vagas y generales que le parecen injustas, y pide a la prensa que no se haga eco de tales afirmaciones, que no considera probadas ni mucho menos.

Esta retrógrada y ultramoderna postura clerical se ve compensada por la noticia opuesta de un sacerdote español que acaba de ser fusilado por los guerrilleros en Colombia, por dimensiones internas, cuando estaba luchando en ellas junto con otro aragonés, el Padre Lain.

Y para terminar esta selección de síntomas, se vuelven a plantear por el Arzobispo de Oviedo las relaciones que deben existir entre lo civil y lo eclesiástico en aquellos temas que son de confluencia de uno y otro ámbito, como serían por ejemplo los juicios morales sobre situaciones concretas del país, expresados con toda legitimidad por la Iglesia a pesar de la reacción que a veces producen en ciertos medios, o «el juicio público sobre las posibles desviaciones doctrinales en que pueden incurrir los fieles, sacerdotes o seglares que... no es misión de particulares ni de la autoridad civil, aunque ésta sea ejercida por miembros de la Iglesia católica».

Nuestra Iglesia —opinó yo— está en una encrucijada difícil, en la que tendría que aclarar mejor su postura y —además— dar un paso más firme y decidido en la reforma que la Iglesia —y concretamente la española— continuamente necesita.

Todo lo que se estructura masivamente —como la Iglesia de España— llega a un punto, en el desarrollo de un mundo que va hacia su mayoría de edad, que tiene que replantear sus propias estructuras y su viabilidad para el futuro. Si queremos salir de la sociedad de masas, a cualquier nivel, hemos de preguntarnos, ¿por qué no hemos de hacerlo también en la Iglesia?

Los procedimientos antiguos no nos sirven, los nuevos no dan resultado. Por eso hay que ver si no hay un problema de fondo que requiere otra cosa: un tratamiento más profundo, y no de tipo sintomático, que es como hemos procedido hasta ahora.

Nuestros momentos son difíciles y hace falta que nos percatemos de ello para salir adelante, si es que no queremos que el catolicismo desaparezca de nuestra geografía en unas decenas de años, como desapareció —por otras causas ciertamente— hace siglos una de las Iglesias más florecientes que había: la del Norte de Africa.

La encrucijada es visible, y lo que preocupa es si no será ya demasiado tarde en muchas cosas que se han abandonado por excesivo tiempo.

Sin embargo, el cristiano tiene una esperanza: el giro que la Historia puede dar si todos ponemos manos a la obra. Una «nariz de Cleopatra» no eventual ni imprevista, sino voluntariamente querida.

MIRET MAGDALENA